

Un artista viaja de incógnito, sin más amigos que sus propios pensamientos, sin más interlocutores que el mar y el horizonte. Vive sobre el puente de comando ó junto al astabandera de popa. Durante horas y horas mira el piélago vasto, abarcando las olas amplias y escudriñando las burbujas de espuma fugaz. Se mueve con sus propios movimientos, clama sus íntimos clamores, medita sus hondos enigmas. Luego mira hacia el Norte de la proa, como quien descifra un misterio sobre las olas y bajo las nubes, mientras se tumban á uno y otro lado los mástiles apremiados por el peso de las jarcias. Cuando arrecia el movimiento, el artista parece encelarse súbitamente; habla con el mar, animándolo á encrespase bajo el latigazo de su invectiva ó el estímulo de su loa; le grita locamente su admiración, quiere espolonearlo con el gesto, dirigir sus tumultos á compás de sus íntimos entusiasmos. Por momentos diríase que va á arrojarse en su seno, buscando fundir su alma en el abismo, como si fuese un sublime concertador de ritmos y bellezas, de rumores y energías, en quien se conjuran todas las líricas inspiradas por el mar, desde Virgilio y Byron hasta Hugo y D'Annunzio.

Ese artista ideal no se marea. El mar es inteligente: no cobra impuesto á los que comprenden toda su belleza.

Imperialismo

Berlín, 1906.

Tendidas las alas serenas, el vuelo pujante, severa en su gesto que honrara los frisos de un palacio asirio, el Aguila de Prusia culmina sobre el Continente, afirmando su fuerza magnífica en cada golpe de ala que la remonta hacia la cumbre de la dominación imperialista. Su garra es prudente y robusta; su firme pupila mira alto y lejos. En todas las cosas del mundo europeo se percibe la gravitación de su influencia, como si la hora de la hegemonía hubiera sonado en su cuadrante.

Los grupos germánico y anglosajón llegan ya á su momento. Su rol histórico actual, por la acción intensa y fecunda, vale el de los grandes imperios que han llenado algún capítulo de la crónica humana.

El imperialismo existe. Es inútil manifestar simpatía ó aversión hacia él, rendirle homenaje ó cubrirlo de invectivas. La evolución histórica es sorda á las loas y á las diatribas de los apóstoles; sólo entreaire su secreto á los críticos despreocupados. Con ánimo indiferente conviene investigar el proceso histórico de su formación, determinar sus caracteres generales, observar sus medios de

consolidación en la mentalidad colectiva y ensayar algunas inducciones sobre sus modalidades venideras.

Es preocupación ingenua, puerilidad harto difundida, la de juzgar los fenómenos históricos á través del lente empequeñecedor que nos ofrecen nuestras afinidades ó antipatías; ese criterio suele convenir á los políticos y es útil para arrastrar á las muchedumbres fácilmente alucinables. Los sociólogos saben que el criterio científico es otro. La actividad universal constituye un proceso de formación continua, de integración progresiva; uno de sus modos particulares es la historia humana, cuya mayor complejidad debe atribuirse á que el hombre representa una manera superior de la evolución de la materia viva. Los hechos sociales y las transformaciones políticas no son buenas ni malas en sí mismas; resultan necesaria é inevitablemente de las fuerzas que concurren á determinarlas, fuerzas propias de las condiciones físicas del ambiente en que los hombres viven y de la acumulación de tendencias que éstos heredan, debidas á la acción del medio sobre sus antecesores. Los fenómenos políticos nunca son el resultado de una libre elección de medios y de fines por parte de los pueblos ó de los gobiernos.

* *

La ley de la lucha por la vida, y la consiguiente selección de los mejor adaptados á sus condiciones, domina ampliamente en la evolución del orden biológico. En el mundo social, las condiciones de esa lucha son modificadas por el incremento de un factor propio de la especie humana: la capacidad de producir artificialmente sus medios de subsis-

tencia. Ese hecho engendra otro principio general: la asociación de los hombres para la lucha por la vida. Su exponente psicológico es el sentimiento de solidaridad social.

La asociación de los hombres en grandes colectividades, no es un hecho improvisado. De la familia á la tribu, de ésta á la raza, de ésta á la nacionalidad, se observa un proceso de expansión y unificación progresivas. Cada agregado social tiene que luchar por la vida con los que coexisten en el tiempo y lo limitan en el espacio. Los más fuertes vencen á los débiles, los asimilan como provincias ó los explotan como colonias. La potencia de un imperio se cimenta en su riqueza y se apuntala en su fuerza; la riqueza depende de la población y de la cantidad de territorio explotable, la fuerza sirve para defender la riqueza y acrecentarla.

Los pueblos más fuertes, en cada momento histórico, ejercitan la política imperialista y la encarnan en un hombre representativo: Grecia, en Alejandro; Roma, en César; Francia, en Napoleón. Después del apogeo viene la decadencia, el imperio se desorganiza, y otros grupos sociales más jóvenes reemplazan al caído. La hegemonía de la civilización no es patrimonio eterno de ningún pueblo.

Uno de los hechos más significativos de la vida política contemporánea, es el predominio de los grupos étnicos germánico y anglosajón; las «virtudes latinas», que emocionan á tantos retóricos de la sociología sentimental, pesan menos en la balanza política que la «capacidad de energía» de sus actuales concurrentes. Adviértase que la superioridad no es antropológica, sino histórico-político-económica. Esa formación de vigorosos organismos políticos amengua ó anula el rol social de los pe-

queños Estados, cuya actividad queda enteramente subordinada á la que desenvuelven las grandes potencias.

Las condiciones presentes de la vida económica tienden á intensificar esa absorción ó subordinación de los Estados pequeños; la producción y el cambio han creado condiciones favorables á ese fenómeno, de acuerdo con el proceso de centralización propio del régimen económico capitalista.

Esa situación de hecho, ajena á las intenciones y deseos de pueblos y gobiernos, engendra en ellos sentimientos colectivos que le corresponden rigurosamente, como la sombra al cuerpo que la proyecta. Por eso la grandeza material de un pueblo lleva en sí los factores que orientan su conducta hacia la política expansiva, su inteligencia hacia la elaboración de la doctrina imperialista y su afectividad hacia el sentimiento colectivo del imperialismo.

* *

El régimen imperialista—que tiene por exponentes una doctrina, una política y un sentimiento—se personifica en grandes tipos representativos: los hombres emersonianos de sus pueblos. Guillermo, Chamberlain y Roosevelt hablan en nombre de su raza; por eso su voz semeja un fragor de ciclón y resuena á la distancia. Cada uno de ellos interpreta el pensar de muchos millones que están á su espalda.

A pesar de sus apariencias, el ideal del imperialismo no es de guerra, sino de paz. Los pueblos fuertes se creen encargados de tutear á los otros, extendiendo á ellos los beneficios de su civilización más evolucionada. Los débiles suelen protestar, oponiendo la palabra «derecho» á la fuerza del

«hecho»; por eso los medios necesarios para ejercer la tutela pueden asumir caracteres violentos y parecer injustos. La historia ignora la palabra justicia; se burla de los débiles y es cómplice de los fuertes. Sin fuerza no hay derecho; quien quiera reivindicar un derecho—sea un individuo, una nación ó una raza—, debe descartar el sentimiento de justicia y trabajar para ser el más fuerte. Eso basta.

El proceso de formación del imperialismo alemán ha sido claro. Prusia comenzó por extender su zona de influencia y de conquista sobre los Estados alemanes, tendiendo á confederarlos bajo el imperio. Grande ya, es decir, rica y numerosa, impuso toda la gravitación de su masa á los Estados vecinos del Continente; para ello necesitó acogotar á Francia, tomándole cientos de banderas, unciendo á su carro de triunfo dos provincias y coronando á su emperador en la más histórica sala de Versalles. Después fué la hora del inolvidable Bismarck, la energía en forma de hombre, iniciándose la política de expansión que ha dado á Alemania una influencia exterior y un poder colonial equivalente al de Inglaterra. Ahora tiene el kaiser las riendas del carro político europeo, las más importantes por lo menos.

Este proceso, que observamos hoy en Alemania, ha sido ayer el de Inglaterra y se prepara á ser mañana el de los Estados Unidos. Esas condiciones de hecho se acompañan necesariamente por una orientación paralela del sentimiento nacional, imprimiendo caracteres bien definidos á la mentalidad de los componentes de esos grupos sociales.

* *

El tipo medio del hombre alemán, inglés ó yanqui posee rasgos psicológicos comunes, propios del sentimiento imperialista colectivo. Ante todo cree en la superioridad étnica de su raza y en la inevitable preponderancia política de su país; sabe que tal grandeza presente y futura se funda en condiciones de prosperidad económica por todos reconocidas; supone que la nación á que pertenece marcha á la cabeza de la civilización y del progreso; deduce que su pueblo tiene actualmente una misión directiva y tutelar sobre la humanidad entera, misión que debe ejercer por todos los medios concurrentes á la realización del objetivo providencial.

Semejante estado de espíritu es común á sujetos de diversa clase social, religión, intelectualidad, credo político, etc. Es la zona de concordancia entre mentalidades individuales infinitamente heterogéneas, que se agitan en el agregado social: es un verdadero fenómeno de psicología colectiva. Por eso el imperialismo, antes que la expresión de un principio político abstracto, es el exponente de un sentimiento nacional. La doctrina se formula después y se encarna en los hombres representativos; Guillermo, Chamberlain y Roosevelt son los voceros del imperialismo en acción, sus ejecutores políticos.

Alemania puede enorgullecerse del suyo. Tiene talento; despliega una actividad asombrosa y reúne personalmente las virtudes que constituyen la fuerza de su pueblo. Es un fuerte; por eso no supo tolerar á Bismarck, que también lo era; dos energías no caben sobre un mismo escenario. Es recto en su justicia, ecuánime en su severidad, prudente en su osadía.

Y lo que vale aun más: sabe «hacer la parada».

La hace con gallarda apostura y oportunamente, como todo el que tiene con qué sostenerla. Vive siempre en su papel de dux de un gran pueblo y firma *Imperator-rex*, en su doble carácter de emperador de Alemania y rey de Prusia. Sus enemigos le llaman *poseur*, sin advertir que en su caso el vocablo es laudatorio: un hombre representativo debe vivir en su rol. Guillermo es, en suma, un emperador de verdad: el único monarca de Europa.

* * *

Las causas que concurren á la formación histórica del imperialismo son múltiples. Un escritor italiano, F. Amadori Virgili, sostuvo recientemente en un hermoso libro que la esencia del fenómeno imperialista está en el sentimiento colectivo de todo un grupo, pueblo ó raza; ese criterio le lleva á buscar su interpretación en la psicología social. Nosotros creemos, en cambio, que la formación del sentimiento imperialista es secundario y que sus factores genéticos y evolutivos deben buscarse en la economía. Un estado psicológico colectivo es siempre una resultante compleja; sus raíces descienden hasta los últimos factores que propulsan el agregado social convergiendo todos ellos á orientarlo y estableciendo entre sí relaciones de recíproca dependencia y subordinación.

Pero así como el esqueleto da la forma al cuerpo, así como la frondosidad de una selva depende de los materiales nutritivos que los árboles pueden recoger del suelo en que viven y de las condiciones climatéricas de la atmósfera que respiran, los modos de pensar y de sentir de un pueblo son, en primer término, el resultado de sus modos de vivir, es decir, de las condiciones de su desenvolvimiento

económico. Los pueblos, lo mismo que los individuos, piensan y sienten según comen.

Las tres naciones imperialistas son ricas, trabajan más que las otras y se enriquecen más; las cifras de sus presupuestos, el monto de su producción y la cuantía de sus cambios comerciales dan la medida de su potencia y la razón de su primado. Son los países en que se trabaja con mayor tesón. Los empleados de un ministerio en Berlín están ocupados diez horas por día; para cualquier inglés el tiempo es dinero; el yanqui cree en «la vida intensa», predicada por su presidente, como en una Biblia. Las más grandes empresas del mundo manejan capitales ingleses, alemanes y yanquis; la política financiera y colonial de esos pueblos es la más gigantesca. Y para custodiar tan valiosos intereses, encontramos la plétórica organización del militarismo, sólo apreciable en su verdadero valor después de ver una gran revista del ejército alemán y otra de la escuadra inglesa. En cuanto al militarismo yanqui, sabemos que la política imperialista ha coincidido con la organización de una flota poderosísima.

En el proceso constitutivo del régimen imperialista contemporáneo pueden, pues, distinguirse tres fases. El crecimiento de la potencialidad económica corre parejo con el aumento de la población y la expansión territorial, determinando un estado de espíritu que es su reflejo; ese estado psicológico se concreta en una doctrina, encuentra sus hombres representativos y orienta una política; la organización poderosa del militarismo sirve para guardar la espalda á todo el sistema.

* * *

A medida que se agiganta la grandeza material de un pueblo, se opera en el pensamiento de sus intelectuales una polarización favorable al imperialismo. Dejemos de lado á Walt Withman y á Rudyard Kipling: miremos hacia el Rhin.

Los poetas de la joven Alemania, celebrando la gloria de los antepasados y saludando el magnífico esplendor de una aurora nueva, iluminaron y preludieron el sueño «en que la Walkyria llamaba á su Sigfrido». Las letras fueron el espejo fiel en que se retrató el alma del resurgimiento alemán; cuando Prusia comenzó á trabajar y organizarse, después de Jena, sus primeras revanchas fueron visibles en el campo literario, poético y filosófico. Antes que Bismarck, Moltke y Roon, los Arndt y los Koerner trabajaron y combatieron por salvar la libertad y la nacionalidad alemanas. Sería absurdo negar que esa larga sugestión de ideales mantenida por los Lessing, los Herder, los Kant, los Schiller, los Humboldt, ha concurrido eficazmente á formar en la mentalidad colectiva el sentimiento imperialista, dándole expresión tangible. Cuando la mentalidad está formada llega un Bismarck, comprende que las circunstancias son propias para el gran designio nacional y distiende las velas: ese es el secreto del éxito, saber aprovechar oportunamente el buen viento y la marejada vigorosa. Los Hegel y los Delbrück fueron los clarines de batalla; los Moltke y los Roon colaboraron con eficacia de artillería.

Los pensadores evocan la visión de esos claros de las selvas germánicas donde un cazador—tan repetido en los lieds y las baladas de los poetas locales—encontraba algún mago encantador ó escuchaba el eco misterioso de un coro invisible. El rudo caballero se detenía á escuchar las voces ó las

canciones; á su frente el camino obscuro se iluminaba con un resplandor ideal; el cazador suspendía la persecución de su presa, obedecía á la influencia ignota de un sortilegio más fuerte que su voluntad y marchaba ciegamente hacia el fin que le señalara el destino, cuyo intérprete se perdía en la bruma y la distancia, entre los perfumes embriagadores de la selva infinita.

La leyenda simbólica del cazador se realiza con el viejo Guillermo y remata en la consagración de Versalles. Después sigue Bismarck y ahora el nuevo Guillermo.

*
* *

El imperialismo requiere una educación especialmente adaptada á sus fines.

La vida en Berlín es una incesante acumulación de sugerencias concurrentes á fomentar el sentimiento imperialista, cuya constitución gira sobre cuatro elementos principales: el culto de la gloria nacional, la noción de la jerarquía, el hábito de la disciplina y la intensificación del esfuerzo individual.

El culto de la gloria está en todas las cosas, en todas partes, en todos los momentos. La escuela enseña á idolatrar los grandes factores del nacionalismo alemán. El ejército es una segunda escuela de nacionalismo. La vida civil es la tercera escuela, más eficaz porque es permanente. El alemán vive en un medio favorable al arraigo de los caracteres que son las bases de su mentalidad. Las plazas, las avenidas, los parques, llevan nombres evocadores; por todas partes se ven monumentos triunfales y estatuas conmemorativas; en el ornato de los edificios públicos priman águilas, leones, co-

ronas, bustos de guerreros, trofeos de armas: todas las insignias de la combatividad y de la gloria. Para completar esta sugestión de las cosas sobre los espíritus, el kaiser ha dispuesto que la más hermosa avenida del *Tiergarten* sea flanqueada por una doble fila de estatuas de todos los reyes de la casa de Hoenzollern, cuyas blancas hileras evocan la consabida escena de *Don Juan Tenorio*.

La noción de la jerarquía no es menos intensa en el alma alemana. Toda relación entre los individuos está protocolizada y nadie osa violar el respeto del riguroso escalafón. El kaiser está en la cumbre, naturalmente. Es para todos un semidiós: para todos sin excepción; el mismo Bèbel, que suele tronar en el Reichstag (sus truenos oratorios, escandalosos en Berlín, serían infantiles en boca de un Ferri, de un Jaurés ó de un Palacios), tiene íntima admiración por el emperador, si hemos de creer las confidencias oídas de sus propios labios. Descendiendo la escala, todo alemán posee una psicología de funcionario y tiene profundo respeto por la estratificación social. En un ministerio, en un banco, en un hotel, en un taller, en un ateneo, en la vía pública, la jerarquía es sagrada: todos saben cuál es su propio sitio y respetan el sitio ajeno. El «arrivismo» es allí imposible; todos marchan al mismo paso, sin atropellarse. Los mejores llegan más lejos, pero no más pronto.

Contribuye á ello el servicio de los ciudadanos en el ejército, que educa otro sentimiento general: la disciplina. Un joven alemán espera con ansiedad el momento de la conscripción y se enorgullece bajo el uniforme; ser soldado es casi un título, como en otras partes poseer la Legión de Honor ó la cruz de los santos Mauricio y Lázaro. El regimiento da uniformidad á los espíritus, descoyunta

los caracteres originales y vierte en cada soldado la gota de tósigo que paraliza hasta los gérmenes de todo sentimiento de rebeldía; los ciudadanos son conformados bajo el torniquete y salen en las filas como plomo de un molde. El sentimiento antimilitarista, que mina á la Francia, no existe en Alemania, á pesar de los discursos semielocuentes de los diputados democráticos y de los millones de votos que reúne el partido socialista. Esos mismos electores rojos llevan dentro, y á pesar suyo, el sentimiento irresistible del imperialismo: sus protestas verbales parecen quejas de amante celosa: gritan más fuerte cuando aman más. La disciplina está en todo. Una gran fábrica funciona como un gran regimiento; los clubs jacobinos se agitan con precisión, orden y automatismo, como un cuerpo de ejército en campo de maniobras. En el gobierno ó en la oposición, en la cátedra ó en la tribuna, católico ó judío, militar ó anarquista, el «hombre alemán» en su tipo medio es, ante todo, un ser disciplinado.

El sentimiento imperialista colectivo imprime al individuo un carácter sumamente útil para el conjunto, y del cual depende la acción eficaz de todo el agregado: el esfuerzo individual. Para la grandeza del conjunto es indispensable la cooperación de las partes con su máxima intensidad. Todo alemán trabaja mucho y con pertinacia, creyendo cumplir así deberes de solidaridad colectiva y coadyuvar á la obra de toda la nación; la magnitud de un gran pueblo es proporcional á la suma de esfuerzos acumulados por el trabajo. Este paralelismo es más perceptible en la época de formación; basta mirar la fiebre de actividad que enloquece á los yanquis y la hipertrofia de su nacionalismo político.

Una estadía en Berlín nos ha valido más, para interpretar la mentalidad de Nietzsche, que la lectura de treinta volúmenes de crítica sobre su personalidad y su obra. Los elementos constitutivos de su espíritu son los mismos que componen el alma nacional de su pueblo en nuestro momento histórico: sólo cambian las proporciones, por la doble influencia del genio ó de la enfermedad, según los casos. El emperador Guillermo es el exponente normal del estado psicológico imperialista en su forma colectiva; Max Stirner es el exponente del imperialismo en su forma individualista; el gran enfermo de Weimar es el exponente del mismo estado de espíritu, pero en forma patológica, asociando la idea de la superraza con la idea del superhombre. Nietzsche es la copa que rebalsa; es el pentimiento imperialista que rompe su propio molde: ritmo de ola encrespada por violento aquilón. El «sentimiento de potencia» es una concreción patológica del común «sentimiento imperialista». Es la exaltación mórbida de la raza y del individuo por el culto de los héroes y del esfuerzo personal, es la aspiración al «más alto y más lejos» en favor de la selección y de la jerarquía, remachando la disciplina para los débiles y los siervos, al par que instituyendo una moral de fuerza para los pueblos y los hombres dominadores.

* * *

El problema de la política imperialista afecta, y muy de cerca, los destinos inmediatos de los países sudamericanos. Su actual independencia es cuestión de forma antes que de hecho; han salido de la dominación ibérica para convertirse en colonias económicas de las naciones europeas y estar

amenazados por la inminente tutela yanqui. Las repúblicas de la América latina sólo existen para las grandes potencias en el mismo concepto de buenos clientes que los territorios coloniales de Asia, Africa y Oceanía.

Sin embargo, el porvenir podría plantear problemas que modificaran esa situación.

La política de los grandes Estados, que hoy asienta sus focos imperialistas en Alemania é Inglaterra, se ha dislocado ya hacia los Estados Unidos y parece que llegará á tener un nuevo centro de energía en el Japón. Si la Argentina y la Australia continúan su rapidísimo desarrollo material, cuya doble condición está en el aumento populativo y en la intensidad de su trabajo, podrán llegar á pesar en la balanza política mundial. En este caso les corresponderá de hecho la tutela sobre los otros países sudamericanos y oceánicos, evolución que las convertirá en nuevos núcleos de actividad imperialista.

No hay motivos sociológicos para creer que el continente europeo conservará eternamente el primer puesto en la civilización humana; se ha desplazado muchas veces en la historia. Acaso, en algún remoto porvenir, las grandes potencias del mundo no sean la Inglaterra que envejece ni la Alemania que vemos en plena virilidad. Después de los Estados Unidos joven y del Japón adolescente, ¿no serán la Argentina y la Australia los pueblos que despiercen al imperialismo y adquieran una influencia decisiva en la política del mundo entero?

Los estudios médicos en Berlín

Berlín, 1906.

Hay dos modos de estudiar la enseñanza universitaria de un país.

El uno es fácil, cómodo y trascendental. Se pide el estatuto de las universidades, los planes de estudios de cada Facultad y una colección completa de programas. Sobre tal base puede elaborarse una crítica comparativa con otras universidades, llena de consideraciones tan profundas como fantásticas, asombrosas por su erudita erroneidad. Huelga decir que para ello es absolutamente innecesario visitar el país en cuestión, conocer su ambiente científico, su población estudiantil y los procedimientos de trabajo.

Puede seguirse otra línea de conducta, menos solemne, pero más verídica: ver con los propios ojos los diversos elementos de que se dispone para la enseñanza, frecuentar á los profesores en la cátedra y fuera de ella, visitar los institutos prácticos y experimentales, trabar amistad con los estudiantes mismos. El juicio que se forma de este modo suele ser distinto del anterior. Muchas veces se advierte que en una pobre y mala clínica se llevan á cabo trabajos de primer orden, mientras se pierde lamentablemente el tiempo en otras muy